



EN BUSCA DE LA PAZ

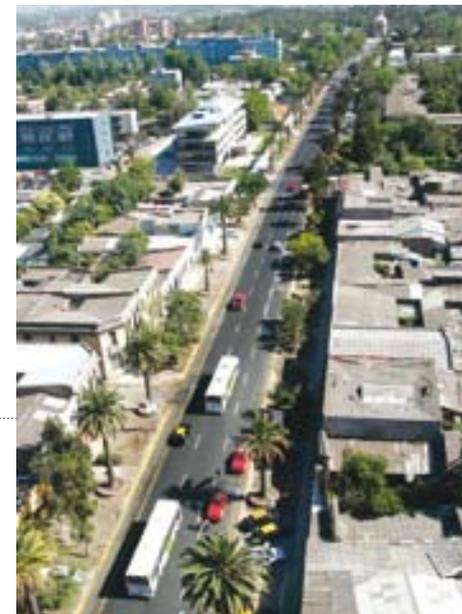
La estructura moderna y concreta del puente La Paz, es el comienzo de una avenida llena de matices. Concentra el mercado mayorista, las grandes bodegas de frutas y verduras, los hospitales, representa la división de dos comunas y muestra la cara del esfuerzo y el olvido.

POR **DANIELA HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ** FOTOS **VIVI PELÁEZ**



El limbo entre Recoleta e Independencia es una calle. Una avenida larga que combina las luces del día con la incertidumbre de la noche. Su historia nos lleva hasta mediados del siglo XIX, cuando no era más que una línea en un plano. En ese entonces los únicos caminos que daban al cementerio eran dos callejones: Panteón y Unión, además de una callejuela que servía para

estacionar carruajes. La necesidad de contar con una vía que enfrentara al camposanto llevó al entonces intendente Vicuña Mackenna a construir la Avenida del Cementerio. Años después se cambió su nombre a Avenida de La Paz, que comienza su trayecto bañada en flores y arreglos sepulcrales. Las pérgolas que asoman se abren al alba, entre los colores corretean los niños de la calle. Se pasean buscando alguna moneda perdida, jugando con los gatos regalones o ayudando con los arreglos. Así lo hizo Sergio Reyes, quien tenía



Los contrastes de Avenida La Paz marcan la división y el vacío entre dos comunas.

Glenn Arcos-El Mercurio

once años cuando se fue de su casa a dormir al puente, y que confiesa haber merodeado el mercado con otros amigos persiguiendo alguna fruta para comer o vender.

Mientras barre las hojas y ramos caídos cuenta que llegó varias veces a dormir a la pérgola, que los trataban tan bien que incluso los locatarios lo mandaron al colegio y después le ayudaron a costear la universidad. Varios conocidos de Sergio se transformaron en médicos o ingenieros. De hecho, él es dibujante publicitario, una profesión que ejerció

sólo por un tiempo, hasta que volvió a trabajar entre las flores, armando y dibujando arreglos para los vivos y los muertos. Antes de despedirnos Sergio nos regala una flor, haciendo gala de una tradición de la pérgola.

Los floristas se quedan atrás, y la avenida nos recibe más allá con veredas que se llenan de puestos de frutas. Los cajones de naranjas y limones colorean el asfalto. Son varias las cuadras atiborradas de vegetales. Acá están los proveedores de feriantes de barrio y de comercio mayorista como la Vega Central, que está a pasos de las bodegas, en una de las calles que cortan la Alameda.

En uno de los galpones nos encontramos con Daniel Arancibia, supervisor de uno de los trabajadores encargados de envasar las frutas. Conversan un rato mientras el joven obrero abre la malla y la rellena de limones, repitiendo la misma tarea hasta completar el cargamento. Cuenta que tienen dudas acerca de su futuro laboral, que los supermercados y ferias libres les han ido quitando la clientela. Las ventas han bajado, han recurrido a la municipalidad de Recoleta para plantear sus inquietudes, pero de ahí los derivan a su homóloga de Independencia, en un ir y venir que por ahora sigue en el mismo punto de partida: la incertidumbre.

Un poco más allá, una clásica zapatería de barrio tiene las puertas abiertas de par en par. Y aunque ya no está el bullicio ni los visitantes de antaño, el encargado arregla afanosamente la vitrina. Myriam González, la cajera, recuerda que la tienda solía estar llena de gente, que los papás sentaban a las niñas en el mostrador para probarles zapatos de charol y que las vendedoras llegaban directo de cursar cuarto medio buscando una oportunidad de trabajo. Más de ochenta años tiene este local, ya clásico, que sobrevive a la modernidad para dar paso a un rincón de nostalgia en el ajetreo de la urbe.

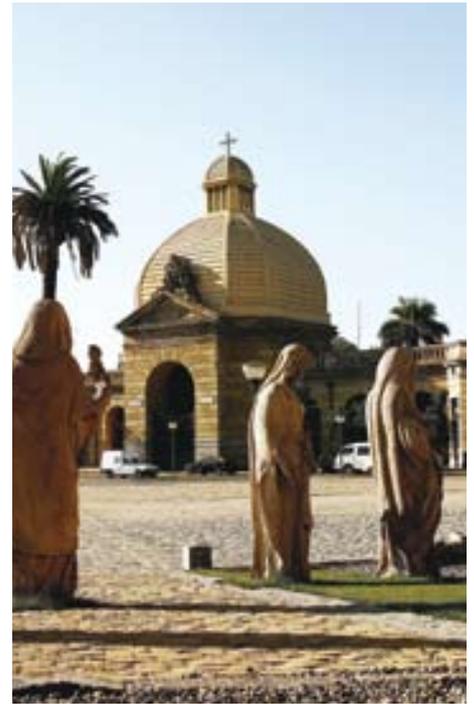
Por los ventanales que dan a la calle se aprecia a un grupo de hombres que juegan a los dados en la parte trasera de una camioneta blanca. A eso de las 14 horas comienza a de-



Su historia nos lleva hasta mediados del siglo XIX, cuando no era más que una línea en un plano. En ese entonces los únicos caminos que daban al cementerio eran dos callejones: Panteón y Unión, además de una callejuela que servía para estacionar carruajes. La necesidad de contar con una vía que enfrentara al camposanto llevó al entonces intendente Vicuña Mackenna a construir la Avenida del Cementerio. Años después se cambió su nombre a Avenida de La Paz, que comienza su trayecto bañada en flores.

tenerse el ajetreo y bullicio de la mañana, por eso los bodegueros aprovechan de divertirse con simbólicas apuestas de dinero que atraen a curiosos y parroquianos.

Entrada la tarde, los transeúntes que recorrerían ágilmente las calles ceden las veredas al paso cansino de adultos y ancianos en busca de alguna buena oferta. En los cités y conventillos, las mujeres entran y salen con los niños que llegan del colegio. Los animales callejeros son parte del paisaje, entre rayos de sol y vegetación que se abre paso entre el cemento; todo recuerda al puerto de Valparaíso.



Más allá, el terminal espera por pasajeros y la comisaría de enfrente custodia el orden. La calma se va adueñando del lugar. Las casas residenciales y un edificio moderno le dan otro rostro a la avenida La Paz. Aquí conviven peruanos y chilenos, que como buena y sana fusión de países y culturas, se han acostumbrado a tomar Inka Cola con un completo.

De a poco nos acercamos al final de nuestro recorrido. Dos hospitales, una ex Casa de Orates y el fúnebre entorno del Servicio Médico Legal son la última sección de esta calle, que se contrasta con la vida universitaria y jóvenes profesionales que viven y trabajan en el sector. La Plaza de La Paz, frente al cementerio general, es la parada final. La Virgen que custodia las almas de las víctimas de la tragedia de la Iglesia La Compañía saluda a los peatones. **EC**



Entrada la tarde, los transeúntes que recorrieron ágilmente las calles, ceden las veredas al paso cansino de adultos y ancianos que buscan alguna buena oferta, y que en su mayoría vive en los conventillos del sector.